



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



XIV. La experiencia judía en México

2018/2, año 7, n° 14, 156 pp.

Editores: **Jacobo Sefamí / Matthias Lehmann**

DOI: 10.23692/iMex.14

Los guantes negros

(pp. 123-127)

Myriam Moscona



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

www.imex-revista.com

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

Los guantes negros*

Myriam Moscona

Me acabo de levantar del sueño pensando que estoy muerta.

Él ya viejo, su cara flaca, consumido y sin memoria. Lleva guantes negros y un saco grueso de cuadros café con leche. Hace frío. Aparece siempre sentado y me enseña un cuaderno de forma italiana de doble raya. Cada hoja va protegida con papel encerado color mantequilla. Allí anota palabras sin ton ni son. A veces aparece una que otra línea con caracteres cirílicos. El cuaderno está igual de viejo y gastado que él. Lo sostiene con dificultad en sus manos enfundadas. Su cara está manchada, seguramente con diseños similares a los que debe haber bajo sus guantes.

—¿Por qué usas guantes, papá?

Sólo me sonrío. "Tú lo sabes", parece decirme sin palabras.

Por una vitrina al fondo aparece una mujer que está allí para contestar preguntas que le hacen desde este mundo. Escucho la voz de mi madre arrojada a media voz. Es ella, su mujer, quien responde:

—Tengo 68 años de saber a diario, noche y día, acerca de este hombre. ¡Estoy agotada!

—Por alguna razón esa es la frase que me revela el aprendizaje Yo estuve allí —le digo— en un instante, en el sueño si quieres, pero lo comprendí todo. Conozco el mundo de los muertos.

Se lo cuento a mi hermano porque sé que va a darme una respuesta.

—Alguna vez... Alguna vez... —dice como si comenzara una ficción, pero luego entra en un silencio raro, auto impuesto.

—¿Qué quieres decir con eso, eh?

Me dice frases inconexas.

La voz de mi hermano rebota, pareciera estar hablando adentro de una concha de mar, de esas con enormes paredes rosadas y lustrosas con las que jugábamos de niños.

* Fragmento de su libro inédito *Plovdiv*.

Así comienza una historia de la que hubiera querido no enterarme esta mañana.

Vuelvo a recordar los guantes negros y la sonrisa enigmática de mi padre anciano. Los guantes, me dice la eterna voz intrusa, son para ocultar las manos llagadas. Tiene que usarlos siempre sin interrupción. Aún para ducharse, o cuando va a nadar.

—*Savalí*

¿Savalí? ¿Otra vez con tu ladino? No le digas savalí, no lo pobretees. Mejor ayúdalo, le digo, o me digo, sin mover los labios.

La lluvia esparce juncias y basuras caídas del árbol. "Lo de arriba es lo de abajo", recuerdo haber dicho para mis adentros esta mañana al despertar.

—Sacúdetela. Es la caca de los pájaros, te manchará la ropa. Ve a cambiarte, da muy mala impresión andar por la calle con pinceladas cafés sobre la blusa.

Mi padre usa guantes negros porque tiene las manos con costras de sangre. Así me lo explica esta vez mi hermano, ya mirándome de frente, con claridad.

Entiendo lo que el sueño me revela.

1.-El infierno de los vivos no es algo que será: hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más...

(La segunda manera de no sufrirlo no voy a copiarla. No me interesa en este momento ninguna clase de optimismo.)

2.- "Un partisano es un guerrillero que se opone a un ejército de ocupación. El término se refiere principalmente a organizaciones clandestinas de resistencia durante la Segunda Guerra Mundial".

¿Y a qué viene esa absurda lectura, así, de la nada, que me hace a continuación mi hermano esta mañana? —Hay mejores fuentes que Wikipedia, ¿no crees?

Y comienza mi cuerpo a reaccionar golpeado por la verdad.

3.-Es la voz de mi padre. La dejo hablar:

Era el inicio del invierno de 1942. Un grupo de muchachos búlgaros y yo estábamos en la loma de la montaña cercana a Plovdiv. Llevábamos diez o doce días a salto de mata. Habíamos perdido contacto con el grupo de mando. No sé si era diciembre o enero pero había hielo en las laderas. Estábamos cercados. Se escuchaba el bullicio del fuego y unas cancioncillas alemanas. Comencé a no sentir el pie derecho. Quería darme una buena refriega de alcohol, pero hacerlo era perder un tiempo que no nos sobraba. El resto lo he olvidado.

El mayor era yo. A punto de cumplir veinticuatro.

Uno de los alemanes en el costado más occidental del monte estaba borracho y se había quedado dormido. Con el larga-vistas, pudimos observar, entre las ramas, un fusil colgado de sus hombros con una cinta gris. La mano relajada cerca del gatillo y sus labios vibrando involuntariamente mientras roncaba, allí en el único camino para escapar por la ladera que supuestamente vigilaba. Si no nos dábamos prisa, estábamos a su merced ya en cuestión de horas, tal vez menos. Vendrían a aniquilarnos, no había otro sitio para huir.

Fui yo quien dio la orden. Yo la di. Toni era el mejor y sería él quien disparara.

—¿Estás seguro, León, de que es la mejor estrategia?

—Si a ti se te ocurre algo mejor, dilo en este segundo porque no nos sobra tiempo para hacer una asamblea. Asumo la decisión.

—¿Ah sí? ¿Y también te harás cargo de recoger nuestros cadáveres? Lo dudo porque estarás tendido en el hielo igual que todos.

Le menté la madre al tiempo que comenzamos la caminata. La adrenalina es más eficaz que cualquier analgésico. Mi pie comenzó a obedecer, como si el ardor del miedo calentara también el pie entumecido. Recuerdo haberle picado las costillas a Toni en el momento calculado.

El disparo exacto. Enseguida viene la muerte instantánea del alemán. Cosa de segundos. Teníamos que bajar antes de que sus compatriotas, mucho mejor armados, alcanzaran el lugar. Lo vi tirado con su esvástica cosida al traje. No tenía ni veinte años.

—¿Cómo sabes esta historia?

—No hagas tantas preguntas.

—¿Ella te lo contó?

—¿Quién ella?

No dijo más, pero comprendí la sonrisa de mi padre desde los vapores del sueño. Se dibuja en mi mente con claridad ahora, como si dijera "—Por eso llevo guantes. Necesito cubrirme la sangre". Lo comprendí todo. Mi padre mató al joven alemán.

—¿Sigue pagando la muerte de un muchacho que dormía fuera del pelotón? ¿Será eso? —le pregunto a mi hermano a media voz.

—No lo sé. Y tampoco sabes cómo se llama la organización rebelde en la que se enlistó, ¿verdad? —me pregunta sin expresión en los ojos.

—No.

—*Fatherland Front* —me aclara.

—*Fatherland*. Difícil de creer. *Father land*. Parece mentira...

Visito a otro anciano. Se llama Yoshi. Tiene 90 años o tal vez más. Vive solo con una mujer zapoteca de dientes muy blancos que lo cuida en la calle Miami de la colonia Nápoles en la Ciudad de México. Yoshi no puede caminar, pero es lúcido y está consciente del dolor de su condición. Nunca se lamenta. Sus ojos están apagados tras una membrana viscosa que los cubre. Es rápido en sus deducciones y su memoria sigue intacta. Su casa, tapizada por libros de historia, geografía y estética parece caérsele encima. Le pide a la mujer que le baje el libro azul del tercer estante a la derecha. Estira la mano temblorosa para recibirlo. Lo hojea unos segundos e inmediatamente localiza lo que quiere leerme. Lo traduce del búlgaro como si estuviera leyendo en español.

"La fuerza armada del Frente de la Patria era el Ejército Rebelde de Liberación Nacional, cuyos destacamentos eran organizados en los bosques búlgaros para combatir a las Fuerzas Armadas del Reino de Bulgaria y sus aliados, los alemanes del Imperio nazi. El Frente de la Patria (*Father land*) contaba con veinte mil guerrilleros, diez mil participantes de grupos de combate y apoyo logístico de aproximadamente doscientos mil simpatizantes. En los combates cayeron nueve mil cuatrocientos quince guerrilleros del Ejército Rebelde de Liberación Nacional y veinte mil enlaces y simpatizantes fueron asesinados por el gobierno fascista, ya sea mediante ahorcamiento o quemados vivos. Otras decenas de miles de militantes murieron en campos de concentración".

Vuelvo a repetirme en silencio: "mi padre ordenó la muerte del alemán para salvarse el pellejo". El pellejo. Miro la cara de mi padre a través del sueño y quisiera que Yoshi me ayude a entender.

Lo hace. Sabe más detalles. Conoce las palabras que mi padre dijo antes de salir a las montañas de Plovdiv en Bulgaria vestido con un traje caqui y una mochila de lona, llena a reventar.

Iban los dos muchachos. Es decir, Yoshi, años más joven que su compañero —y mi padre—, enfundados hacia la misma noche.

Ahora Yoshi sube los ojos, recarga las manos en los brazos de la silla de ruedas, me repite con una sonrisa delgada, casi imperceptible, como si el recuerdo fuera una escena que se alista a describirse allí, frente a sus ojos y en ese mismo instante. "Te lo explicaré", me dice con una serenidad aterciopelada.

Antes de desaparecer tras la puerta, tu padre le dijo a tu abuela: "Quédate tranquila, maiko, regresaré vivo". Ella, le suplicó: "No te vayas, León, Leoncho", espera un rato más.

Gracias a Yoshi, comprendo que mi padre no soportó pensar en las mismas posibles palabras que el joven nazi seguramente le dijo a su madre antes de salir de su casa en algún lugar de Alemania. "Quédate tranquila, mamá. Regresaré vivo".

¿Eso te lo confesó él? ¿Esa elucubración sobre aquello que el nazi le dijo a su madre antes de partir?

Toco la mano rugosa de Yoshi y lo miro a los ojos.

No me atrevo a decirle lo que en verdad pienso, pero se lo digo a media voz: "Tal vez por eso mi papá no puede acabar de morir".

Mi padre comenzó a fumar desde ese invierno en que dio la orden del disparo contra el nazi. Ya de mayor, proyectaran lo que fuera, se salía del cine a la mitad de la película, se apartaba de cualquier junta de trabajo, se escondía en el baño del hospital cuando yacía interno por su primer infarto, fumaba frente a cualquiera y hacía las cosas menos esperadas, hasta las más indignas, por seguir fumando. Su adicción a la nicotina lo tenía esclavizado. La misma semana de su muerte, sus pulmones recibían el impacto de setenta cigarrillos por día.

Es como si en las volutas del humo, me dice la voz de adentro, se dibujara un fusil hasta que un día se activó el gatillo contra sí mismo.